

Jesús Díaz: la intensidad de lo cotidiano

LA LITERATURA PUEDE SER MUCHAS COSAS, SEGÚN LAS épocas, los lugares y cómo esos agentes se relacionan con el escritor y con el lector, que es quien termina de dotar al texto de significados. Por ello, me parece necesario aclarar que las líneas que siguen intentarán describir una relación personal y, por tanto, única, entre un escritor, Jesús Díaz; un lector, quien suscribe; y una de las formas de cómo ese lector siente la obra literaria o, mejor dicho, la novela.

Una de las funciones —de las casi infinitas— que puede ejercer la novelística es acercarnos de otra forma a nuestra propia vida, permitirnos ver, sentir, palpar lo oculto de nuestra contemporaneidad, nuestro entorno subjetivo, o, para usar una palabra prohibida, nuestra realidad. Me apresuro a aclarar que esa realidad puede ser Kafka o Lampedusa, García Márquez o Vargas Llosa, Lezama o Carpentier. No se trata de un acercamiento con lo objetivo, que apenas existe, sino con el «*pathos*» de un tiempo y un espacio. Por eso toda generación de lectores disfruta con especial devoción a sus contemporáneos y a sus coteráneos: llaves que abren puertas que acaso los propios autores nunca supieron que existían. Por eso, una de las pérdidas mayores que sufren aquellos que han habitado orbes en permanente censura es la falta de un referente literario que les permita transitar con mayores certezas por su propio ser.

A diferencia de la mayoría de hispanoamericanos, siempre sentí que me era más afín «*Conversación en la Catedral*» que «*Cien años de soledad*», sin que esta preferencia tenga otro significado que el gusto. Viví muchos años en Lima y la recurrente relectura de la obra máxima de Vargas Llosa me procuraba placeres y conocimientos que no existían en otra parte y que nunca pude sentir en La Habana, pues

no había ningún escritor que hubiera tocado mi ciudad, la ciudad de mi momento, como había hecho el peruano con la que fue suya por adopción, ya que nació en Arequipa, antípoda cultural de Lima.

Tan grande era mi carencia que en ese recorrido espiritual por mi adolescencia y juventud hice mía La Habana de Cabrera Infante, la de los tristes tigres y el infante pavano, tratando de encontrar en el espacio que me tocó vivir, los retazos de aquella ciudad que fue, que nunca conoceré, pero que todavía latía a finales de los 60 y comienzo de los 70. En esa búsqueda tan particular, sólo recuerdo dos encuentros cercanos, exceptuando la obra de Jesús Díaz: *Antes que anochezca*, de Reinaldo Arenas e *Informe contra mí mismo*, de Eliseo Alberto.

Ya desde mi primer encuentro adolescente con la narrativa de Jesús había sentido esa voracidad de lo cotidiano que está presente en todo su trabajo y que tanto me ha ayudado a pensarme. Recuerdo uno de los mejores momentos literarios de *Los años duros*, aquella colección de cuentos que el autor años después consideraba —injustamente— como un libro inmaduro y lejano de su último quehacer. Un joven, perseguido por la policía de Batista, se esconde en el baño de mujeres del colegio. Su vida o su integridad física peligran, pero lo olvida y se concentra en el templo profanado: el baño de las hembras. Magaly, si la memoria no me falla, era el nombre de la chica cuya evocación se apoderó de la realidad del personaje: Magaly meando en aquel lugar: el sexo de Magaly expuesto a los sueños, como aquel poema de Paz, escrito desde la Guerra Civil española, en la que una pareja se dedicaba al amor mientras los aviones bombardeaban. Esa capacidad de interrumpir la épica y regresar a lo importante es una de las constantes que ha hecho de la obra narrativa de Jesús Díaz la más consistente que se ha escrito desde la Cuba que nos tocó vivir.

El primer descubrimiento fue *Las iniciales de la tierra*, libro escrito todavía desde la censura, pero repleto de esquinas peligrosas, de recovecos llenos de realidad que provocaron la postergación de su publicación durante más de una década. Para quienes vivimos el sistema y creímos en él, para quienes nos pasábamos la vida buscando razones para justificar, motivos para confiar, elementos en los cuales sustentar nuestro desmesurado optimismo, fue muy importante saber que nuestra búsqueda espiritual no era única, que otros locos intentaban encontrar, con la misma vehemencia, una consecuencia entre el discurso y el hecho que sólo existía en nuestra imaginación y que se prolonga en la segunda novela del autor, cuyo título, *Las palabras perdidas*, refuerza esa sensación de carencia, ese «algo nos quitaron y necesito saber qué» y que se prolonga hasta *La piel y la máscara*, última obra de lo que llamo el ciclo autobiográfico de Jesús Díaz, dedicado por completo a un tratar de entender la propia vida que a muchos nos ha permitido apropiarnos de esa función tan difícil y necesaria.

Muy pocas veces se ha dicho que lo peor de los regímenes dictatoriales es la permanente cohabitación con una irrealidad vendida como la más sólida de las verdades. Se trata de una sensación muy difícil de describir desde la

razón y que sólo la lógica literaria logra aprehender. El entorno impone un kafkianismo permanente en el que millares de agujas escriben con siniestra alegría los mayores disparates sobre la piel de aquellos que intentan escapar a la locura circundante que se resume en un nada es lo que parece y así debe ser. Algunos autores, atrapados en circunstancias similares, han optado por la exaltación del disparate, por la reducción al absurdo del paraíso propuesto. Pienso en Bulgakov y *El maestro y Margarita*; o en Abilio Estévez y *Tuyo es el reino*; o en los cuentos de Benítez Rojo. Otros, como Soljenitzin, han urdido una literatura donde la denuncia termina por destruir la novelística y se queda en alegato político. En la obra de Jesús Díaz, el exorcismo se produce por la ritualización de lo cotidiano en una búsqueda permanente de reconstrucción de la propia realidad.

Casi todas las personas que conozco coinciden en su preferencia por *Las palabras perdidas*, novela en la que Díaz logra, quizá como en ninguna otra, abordar la historia desde lo cotidiano. La ruptura estilística con *Las iniciales de la tierra* no puede ser más fuerte. Mientras que en su primera novela se siente esa búsqueda barroca a la que tan aficionados somos, en *Las palabras...* el lenguaje se simplifica al máximo, se intensifica, en una muy lograda búsqueda por decir más con menos, que recuerda, como intención, a dos autores aparentemente disímiles: Borges y el mejor Hemingway. Lo que de verdad importa es que estos logros estilísticos se subordinan siempre a la narración de la historia y no de la Historia, cuya permanencia como fondo es perenne, pero que podemos olvidarla porque los avatares de sus personajes cuentan más que el telón de fondo. Alguien podría decir que *Las palabras perdidas* es la historia de la censura en la Cuba de Castro, de cómo el régimen se relaciona con los intelectuales o de la utilización de la mentira como recurso supremo en las relaciones entre el Estado y sus súbditos. Evidentemente, todo eso está en la obra, mas lo que cuenta, lo que la convierte en una novela excepcional, es que todo ello importa menos que las aventuras del «Flaco», el «Rojo» y el «Gordo». Porque ya es hora de decir que Jesús Díaz tiene la virtud de ser un narrador de aventuras, cercano, en ese sentido, a la mejor tradición anglosajona. Esas aventuras que para nosotros, los cubanos que vivimos esa Cuba que él poetiza, no sólo eran cotidianas, sino que eran la vida misma, la única forma de vida que pudimos conocer.

Esa intensidad de lo cotidiano se repite en lo que es, a mi juicio, su más completa novela, *La piel y la máscara*, donde el escritor demostró, además, una inconformidad consigo mismo, con lo ya escrito, que mantendrá hasta su última novela, *Las cuatro fugas de Manuel*.

Como en *Sei personaggi in cerca d'autore*, de Luigi Pirandello —obra que acaso lo inspirara—, en las historias de *La piel y la máscara* se superponen y entremezclan los acontecimientos de un director de cine y sus actores con los de los personajes que diseñan o encarnan, en una narración muy compleja que Jesús Díaz logra simplificar hasta convertirla en una novela divertidísima. Porque la principal ventura de este autor es su legibilidad, que se basa en su capacidad de

estar ausente, de permitir que sus personajes vivan sus vidas y se comporten como tales y no como sustentadores de lo que el escritor quiere contarnos. Otra vez, como en *Las palabras perdidas*, reviví momentos de mi propia historia, cuando el «Oso» intenta ligar a Ana, o cuando los actores tratan de ser lo que son, sin que la locura circundante los aparte de su búsqueda profesional e íntima. Ese desesperado afán de individualidad que todo parecía impedir, contra el cual todo el entorno político y social conspiraba, y que, precisamente por ello, se convertía en lo único verdaderamente importante de nuestras vidas cotidianas.

Quizá por ello, el paso de lo autobiográfico a lo ajeno le fue tan doloroso, al menos desde el punto de vista literario. Su primera novela donde la propia experiencia no aparece en primer plano es *Dime algo sobre Cuba*, obra que podemos dejar a un lado sin remordimientos y una de cuyas pocas virtudes consiste en preparar a su autor para un nuevo camino que permitirá *Siberiana* y, sobre todo, *Las cuatro fugas de Manuel*. La lectura de las tres últimas novelas publicadas de Jesús Díaz muestra de forma muy clara esa inconformidad con lo ya escrito, con los logros que ya fueron. Si en *Dime algo sobre Cuba* el escritor no logra dar vida a personajes que siempre nos hace sentir ajenos, en *Siberiana* retoma su intensidad anterior y nos convence de que lo más importante del mundo es que Bárbaro, el negro cubano que conservaba su virginidad viril, y Nadiezdha, la siberiana hermosamente enloquecida (guiño a Breton), cumplieran su trágico destino. Una vez más Jesús consigue rescatar una experiencia muy importante para muchos cubanos, que ojalá quede como uno de los valores positivos de nuestra alucinada historia reciente: ese estrecho contacto con mundos tan ajenos a nuestra cultura como los eslavos, germánicos y magyares, que hará de *Las cuatro fugas de Manuel* su tercera gran novela, junto a *Las palabras perdidas* y *La piel y la máscara*.

Hay un capítulo de *Siberiana* en el que Jesús demuestra toda su maestría: esa terrible y humorística danza que, como una música *in crescendo* o un exorcismo, comienza por arrebatar a Bárbaro en la sauna siberiana y termina por arrebatar a los lectores, contagiados por la creciente ansiedad de ese personaje que termina por integrar su realización como ser humano con la propia muerte, como tantos otros cubanos que han cumplido ciclos similares, aunque no siempre de muerte física se trate.

Como me ha ocurrido con casi todas las sus novelas, leí *Las cuatro fugas de Manuel* de un tirón, en una noche que se prolongó hasta el amanecer y en la que no faltaron las lágrimas, acaso porque, guardando las distancias de lo tremendo, mucho de esa historia me es familiar. Los cubanos de mi generación hemos sufrido esa forma de tragedia griega según la cual lo que nos ha ocurrido no está en nuestras manos, pues somos el fruto de un destino cuya única ruptura posible es el exilio, exterior o interior, como el de tantos que permanecen en la isla, pero encerrados en un limbo esquizofrénico que los obliga a ser otros, que es casi como no ser. El individuo y el destino son las claves de esta novela pero, como siempre y por suerte, lo que importa es Manuel

y esa porción de Manuel que nos acompaña: el recuerdo de la tergiversación de cada acto, la percepción de espada y pared como únicas posibilidades, pues cualquier intento de fuga conduce al filo o al muro, que se reproducen cual imágenes de espejos en pesadilla.

Quiero terminar este homenaje al amigo de tantas conversaciones inconclusas y al editor que me propició el espacio donde más cómodo me he sentido, con una simple observación acerca del autor que más he disfrutado en los últimos años: esperaba la publicación de cada nueva novela suya con verdadera ansiedad. Creo que es lo mejor que puede decirse de un escritor.

